

RAYMUNDO RAMOS, EL RESISTENTE

Óscar Balderas

Raymundo Ramos es el último que queda.

Hace 20 años había decenas de hombres y mujeres con su mismo trabajo, pero la guerra acabó con ellos. Les sucedió lo que a la mayoría de los habitantes de esa costra árida llamada Tamaulipas: unos fueron asesinados, otros desplazados y el resto silenciados. Pero Raymundo no. Él, en sus propias palabras, es el último defensor de derechos humanos que está al frente y en medio de la resistencia en un estado donde, oficialmente, cada ocho horas aparece un cadáver.

Si alguien le preguntara por qué es el único activista en todo el estado que intercede por sus vecinos cuando hay abusos de militares, Raymundo —45 años, de rostro redondo y mirada afilada— hará una pausa y hablará del caso que más lo ha marcado: el de Martín y Bryan Almanza en 2010. Aquellos dos niños, de cinco y nueve años, fueron asesinados cuando su familia se dirigía a vacacionar a la playa de Matamoros, al norte de la entidad. La versión de los soldados fue que los hermanos murieron por esquirlas de granada, que estallaron cuando el auto familiar quedó atrapado en el fuego cruzado entre uniformados y sicarios. Pero la mamá, superviviente de la balacera, quería probar que el ejército mentía y su mejor carta para enfrentarlos era Raymundo, el titular del Comité de Derechos Humanos en Nuevo Laredo.

En cuanto el activista vio las fotografías del supuesto enfrentamiento y los primeros reportes oficiales, supo que los militares encubrían un

crimen. Usó la experiencia que acumuló en su juventud como reportero policiaco en el diario local *El Mañana*, y sus entonces 13 años como defensor de derechos humanos para desmentir al poder. La militarización en Tamaulipas, que había comenzado en el año 2000 con el expresidente Vicente Fox, y que arreció en el 2006 con la guerra contra el narco que desató el exmandatario Felipe Calderón, le había afinado la nariz para buscar las pistas correctas en expedientes de tortura, ejecución extrajudicial y desaparición forzada. Así que el sabueso diligente y dirigente se volcó con urgencia a desenterrar la verdad.

Raymundo hizo lo que suele hacer cuando alguien pide ayuda: va al lugar de los hechos, conversa con los testigos, consigue partes oficiales, habla con la Comisión Nacional de Derechos Humanos para que sus peritos trabajen codo a codo con él. Después de meses de búsqueda, consiguió la evidencia que necesitaba para comprobar que, al menos, cuatro militares habían disparado con alevosía contra los niños. Que a Martín le habían dado dos disparos y a Bryan tres, casi a quemarropa. Y que la razón era tan incomprensible como confundir a la familia Almanza, todos desarmados, con delincuentes.

Así es como el activista exhibe al sistema. Él, huérfano de padre desde los seis años, hijo de una madre que no sabía leer ni escribir y que tuvo seis hijos, un licenciado en Ciencias de la Comunicación que pagó sus estudios con el salario mínimo que ganaba en una maquiladora, y así logró que tres procuradurías —la de Tamaulipas, la Procuraduría General de la República y la Procuraduría Militar de la Secretaría de la Defensa Nacional— admitieran que protegieron a soldados infanticidas, que trabajaron para encubrirlos y que debían a las víctimas la reparación del daño.

Raymundo consiguió un pedazo de justicia para Martín y Bryan, como lo consiguió para Carlos N., su primer caso como activista, un joven de 16 años a quien agentes de Nuevo Laredo asesinaron en los separos de la policía municipal y quisieron hacerlo pasar por suicidio. Como lo hizo

Así que, por ahora, él seguirá atravesando Tamaulipas en su vieja camioneta. El último defensor de derechos humanos que queda.

para Neiser Cámara, el joven de 25 años a quien mataron los marinos en esa misma ciudad. Como lo ha hecho para cientos, tal vez miles —ya perdí la cuenta, dirá— desde 1997, cuando inició la vocación que lo ha llevado a ser reconocido por influyentes organismos como Amnistía Internacional y Human Rights Watch.

Pero nadie que luche con tanta fuerza está libre de enemigos. Y los de Raymundo son poderosos. Lo han amenazado de casi todas las formas posibles para que deje su trabajo. Esas intimidaciones, asegura, provienen de las fuerzas armadas, ya sean soldados o marinos, que ven su activismo como un estorbo. A pesar de ello, no han podido moverlo de Nuevo Laredo ni le abollan la esperanza de un Tamaulipas en paz. Sus protegidos dirán que haría falta un batallón de la longitud del Río Bravo para ahogar sus convicciones.

Sin embargo, a mediados de febrero de 2017, algo había en la voz de Raymundo. En redes sociales, se había soltado una campaña de odio en su contra y él sospechaba, de nuevo, que estaba orquestada por el ejército. “Estoy preocupado —contará— por mí, pero sobre todo por mi esposa y mis cuatro hijos”. Pese a todo, no está dispuesto a dejar el estado, ni siquiera porque el 16º Regimiento de Caballería, el presunto centro de las amenazas, está a menos de 15 minutos a pie de sus oficinas en la peligrosa colonia La Joya.

Así es esto de estar al frente y en medio de la resistencia, afirmará Raymundo. “Alguien debe quedarse a defender los derechos humanos; si me voy, quién sabe si alguien hará este trabajo”. Así que, por ahora, él seguirá atravesando Tamaulipas en su vieja camioneta, sin escoltas que lo protejan, cuidando que el ejército no abuse de su poder.

Seguirá siendo ese Raymundo al que la guerra no ha logrado doblar. El último defensor de derechos humanos que queda.





Foto: **Diego Berruecos**

< Raymundo Ramos